STEPHANIE BARRON

Jane Austen y el incómodo incidente en Scargrave Manor

Traducción de Noelia Pousada

Duomo ediciones
Barcelona, 2026

Este libro está dedicado, con cariño,
al recuerdo de Cass Sibre, en cuya librería,
a los doce años, descubrí a Jane Austen

Prólogo de la editora

En verano del año 1995 les hice una visita a mis grandes amigos Paul y Lucy Westmoreland, cuya familia proviene de un antiguo linaje de Baltimore que se remonta hasta uno de los fundadores del estado de Maryland. Su hogar, Dunready Manor, data de la época georgiana, y habían terminado, hacía poco, de renovar un edificio anexo, la antigua casa del conserje, un imponente proyecto de reconstrucción y restauración.

Recuperar los cimientos resultó ser una tarea formidable. Durante décadas –puede que incluso durante más de un siglo– la enorme habitación de paredes de piedra había sido usada para almacenar carbón; hubo que sacar todo el contenido negruzco antes de chorrear arena y echar hormigón, con mucho esfuerzo. Se instalaron nuevas columnas, nuevas puertas y escaleras y, poco a poco, la anticuada piedra de los cimientos de la casa recuperó todo su esplendor y atractivo. No obstante, lo más importante de todo fue un hallazgo en las fases iniciales de la renovación del sótano. Debajo de los cúmulos de carbón, huesos de ratas, trozos de madera desechados y trapos de todo tipo, había varias cajas con viejos documentos de familia. Los Westmoreland los guardaron en un cobertizo dentro de la propiedad y se olvidaron de ellos por completo, ajetreados como estaban con la instalación de la nueva cocina de la vivienda. Pero, cuando les hice una visita aquella primavera, pasamos una tarde de lluvia dentro del cober-

tizo, hojeando con cuidado los delicados papeles amarillentos, y llegamos a la conclusión de que la única solución posible era ponerse en contacto con un restaurador profesional.

Pues lo que hallamos aquel día era nada más y nada menos que toda una colección de manuscritos que creíamos que habían sido redactados por Jane Austen, una parienta lejana de la familia, ya que una sobrina de la escritora se había casado con un hombre cuya hermana estaba casada, a su vez, con un Westmoreland del lado británico de la familia. Siguiendo esta ruta tan enrevesada, los manuscritos habían terminado en manos de este linaje y, con el tiempo, habían pasado a estar en posesión de la rama de la familia asentada en los Estados Unidos. Ahí los guardaron a buen recaudo en el sótano, donde las siguientes generaciones los fueron sepultando bajo carbón.

Los Westmoreland entregaron los manuscritos a un conocido suyo, restaurador de libros raros de la zona, y se plantearon donarlos a la biblioteca de la Universidad Johns Hopkins, aunque había varios candidatos que pugnaban por hacerse con el premio –como la colección de Austen en el *alma mater* de Paul, Williams College, y otros lugares del país, por no mencionar la Biblioteca Bodleiana de Oxford–. Sea como fuere, hasta que se completase la restauración de los textos, me los confiaron a mí.

Los Westmoreland poseen un espíritu muy dado a la imaginación y una gran capacidad de disfrutar de la vida, lo que incluye, asimismo, el deleite de leer novelas de detectives. Y lo que les sorprendió de estos documentos, al parecer escritos por la propia Austen de su puño y letra, es que narran acontecimientos hasta entonces desconocidos para los expertos. Relatos escritos como si de un diario se tratara, así como cartas a su hermana, Cassandra, y a sus sobrinas –lo que tal vez explique que, al final, hayan terminado en manos de la familia Westmoreland–: no escribió estos manuscritos con la intención de publicarlos. Son la narración personal de los misterios que Jane Austen presenció y resolvió en su corta vida.

Cuando les propuse que la persona indicada para editar tales obras sería un experto en Austen, los Westmoreland se mostraron reticentes. Puesto que sabían de mi interés por la ficción detectivesca y sentían que el hallazgo de los manuscritos había sido posible, en parte, gracias a mí, me pidieron que me encargara de editar los cuadernos con el objetivo de publicarlos.

Para tratarse de una mujer cuya obra se lleva conservando dos siglos, Jane Austen sigue siendo en cierta medida todo un misterio. Lo que se sabe de su vida proviene, sobre todo, de las cartas que se conservan y de los testimonios que dieron varios miembros de su familia después de su defunción; a partir de todo ello varios expertos han escrito biografías dignas de admiración.[1] Puesto que muchas de las cartas que escribía iban dirigidas a su hermana Cassandra, quien las destruyó después de la muerte de Jane,[2] hay partes enteras de la vida de Austen que siguen siendo inescrutables. El hallazgo de las cartas enviadas a Cassandra, así como el diario cuya edición presento en estas líneas, supone un nuevo puente que nos conecta con la vida de la autora.

Jane Austen nació el 16 de diciembre de 1775, medio año después de que estallara la hostilidad en las colonias británicas del continente americano y en el cénit del reinado de su majestad Jorge III. Hija de un clérigo de vida modesta que cursó estudios en Oxford, creció rodeada de seis hermanos y una hermana en la

1. Para saber más acerca de la vida de Austen, recomiendo el libro *Jane Austen: Her Life*, de Park Honan (St. Martin's Press, 1987).

2. Austen falleció en Winchester el 18 de julio de 1817; las causas de su muerte siguen siendo objeto de debate entre los expertos, pero se cree que fue un caso de insuficiencia adrenal, consecuencia de la enfermedad de Addison, que, a su vez, quizá provocara la tuberculosis o el cáncer (Honan, *Jane Austen: Her Life*).

pequeña casa parroquial de Steventon, en Hampshire. A lo largo de sus cuarenta y dos años de vida, en Francia se fraguaría la revolución, Napoleón se haría con el poder, Jorge III de Inglaterra iría perdiendo la cordura poco a poco y su reinado daría paso a la regencia de su hijo, Jorge IV. Fueron tiempos turbulentos en la historia británica, en los que los *tories* (conservadores y monárquicos) de la familia de Austen desempeñarían un papel para nada insignificante. Frank, el hermano de Jane, hombre de mar desde la adolescencia, participó bajo las órdenes de Horatio Nelson en la batalla de Trafalgar y se acabó convirtiendo en el primer lord del Almirantazgo con ochenta y nueve años; su hermano pequeño, Charles, tuvo una carrera naval igual de noble, aunque menos elevada. Que Jane estaba al día de todo y se interesaba por asuntos de política resulta evidente en las cartas que escribió a su familia y, efectivamente, en buena parte de su obra más conocida; por ejemplo, abordó la bajeza moral de los marinos en *Mansfield Park*, el libro que consideraba más ambicioso de todos, donde también escribe, sirviéndose de su perspicacia y sarcasmo acostumbrados, sobre temas como la reforma eclesiástica y la esclavitud en las Indias. Sus obras de ficción hallaron inspiración en acontecimientos de su propia vida o en las experiencias de otras personas dentro de su círculo social, lo cual resulta manifiesto por la forma en la que reacciona a ciertos sucesos en estas memorias.

Los primeros borradores de la mayoría de sus obras de ficción se escribieron en los últimos años de la adolescencia de Jane y en los primeros de la veintena; los revisó y los publicó al fin durante la Regencia, que comenzó oficialmente en el año 1810, casi ocho años después de los acontecimientos narrados en este manuscrito. La Regencia de Inglaterra hallaba su equivalente en la cúspide del imperio de Napoleón en Francia, y a pesar de que ambas naciones estaban en guerra, la moda y el pensamiento político franceses atravesaron el canal de la Mancha para ejercer gran influencia en los hábitos de Inglaterra. La riqueza y la ostentación

estaban a la orden del día y las libertades sociales concedidas a las mujeres superaban, en cierto sentido, a las del reinado de Victoria años más tarde. La ropa era menos discreta, el contacto entre los sexos, más laxo, y la idea de una mujer novelista –o detective– resultaba permisible para la moral de la época de Austen.

El círculo de Jane Austen la consideraba una mujer de una inteligencia suprema, aunque a menudo se sentía frustrada por las experiencias y las oportunidades limitadas de las mujeres, como se evidencia en este manuscrito y en otras obras suyas. Su padre trató de hacer la vista gorda con su sexo en un aspecto fundamental cuando envió a Cassandra y a Jane, que por entonces tenía siete años, a Oxford para recibir clases privadas, pero Austen consideraba que su educación nunca fue completa, pues se le negó la oportunidad de aprender griego y latín, a diferencia de a sus hermanos varones.

Imagino que a muchos les costará imaginarse a Austen como detective, pero no debería sorprender que una mujer con una capacidad intelectual y un entendimiento de la naturaleza humana como los suyos disfrutase atando cabos cada vez que un crimen se interpusiese en su camino. Su intuición a la hora de comprender las motivaciones de los demás, su atención al detalle y su capacidad expresiva –y, por encima de todo, la fuerza de su imaginación, que le permitía ver lo que podría haber sido, además de lo que había sido en realidad– eran sus principales herramientas a la hora de resolver estos misterios. Puesto que vivía en el campo, donde el deber de velar por el orden recaía en un juez de paz y, de forma más informal, en la autoridad de las clases altas de la zona, Austen confiaba, ante todo, en sus influyentes contactos para que la ayudaran a imponer un castigo al culpable y a hacer justicia para el inocente. Como mujer soltera de recursos limitados, en ocasiones se veía obligada a depender de los hombres de su círculo, cuyo acceso al mundo del comercio, el derecho y la política les brindaba a todos ellos mayor influencia en el campo

de la justicia que la que ella tendría jamás. Que se sirvieran de la capacidad intelectual de Austen demuestra que eran hombres con sentido común.

Lo que sigue a estas líneas es, por lo que sabemos, la primera de las aventuras detectivescas de Austen. Arranca en diciembre de 1802, justo después de que Jane aceptara y rechazara (en menos de veinticuatro horas) la propuesta de matrimonio de Harris Bigg-Wither. A lo largo de la narración, cumplió veintisiete años y, después de rechazar a su pretendiente, debió de caer sobre ella todo el peso de su futuro como solterona. La invitación que recibió por parte de Isobel Payne en el punto álgido de lo que debió de ser una época complicada le brindó a Jane la oportunidad de evadirse de la realidad. Le esperaban dolorosos momentos de introspección, así como de recreo, pero, en todo caso, la narración resulta digna de alabanza por la forma en la que entremezcla lo criminal con lo personal, por la pasión con la que investigó lo sucedido y por las reflexiones íntimas que hace a propósito de sus propias motivaciones y deseos.

Editar a Jane Austen es una tarea ardua. No fingiré estar a la altura de su ingenio. Tan solo espero que la esencia de los manuscritos originales siga derramando su luz en estas nuevas páginas, con todo el poder de una mente tan prodigiosa como la suya.

STEPHANIE BARRON
Evergreen, Colorado
Junio de 1995

Introducción de Jane

17 de marzo de 1803
N.º 4, Sydney Place, Bath

Cuando una joven dama de más elegancia que recursos tiene la sensatez de ganarse los favores de un caballero mayor que ella, un viudo de renombre y vida acomodada, la opinión pública dictaminará, por regla general, que se trata de un buen partido para ambas partes. La dama alcanzará ese estatus social en la vida por el que sus amigas la envidiarán y felicitarán, mientras que el caballero se asegurará, para la vejez, todo lo que la juventud, el ánimo y la belleza tienen que ofrecerle. A él se le considerará el mejor y más generoso entre los hombres; a ella, en general, se la reconocerá como un ángel merecedor de toda su buena suerte. La madurez y la experiencia vital de él refrenarán los impulsos livianos de ella; la perspicacia y los dulces encantos de ella harán más llevaderos todos los bretes implícitos en el rango de él. Con paciencia, buen humor y delicadeza por ambas partes, podrá alcanzarse cierto estado de felicidad.

Cuando, sin embargo, el caballero entrado en años fallece repentinamente por problemas de estómago, dejándole a la que tan solo lleva tres meses siendo su esposa una considerable fortuna, que tendrá que compartir con el heredero, y cuando este

último rompe todas las reglas del decoro al prodigar sus atenciones a la viuda...

El tono de los comentarios de la sociedad no tarda en volverse malicioso.

De la buena suerte del difunto, de quien una vez se llegó a decir que nada tenía que envidiar a la de los dioses, ahora ya no queda nada. Se ha convertido, para los demás hombres, en el símbolo de la melancolía, un pobre e iluso anciano senil, seducido por la juventud y la adulación ahí donde la rectitud y el sentido común tendrían que haber prevalecido. La dama pasa a despertar desconfianza en vez de lástima; su ropa de luto se entiende, con malevolencia, como una burla al decoro, su presencia no es bienvenida en las reuniones más selectas y los asesores legales a los que les ha tocado la desgracia de gestionar sus asuntos inspiran mucha lástima e injuriosos rumores corren a raudales entre los *habitués* de los palcos de la ópera y las salas de juegos.

Ha caído en desgracia, efectivamente.

Esta es la situación en la que se encuentra mi pobre Isobel. Que una dama de alta alcurnia, poseedora de inteligencia y perspicacia, se vea implicada en un escándalo como este debería ser motivo de inquietud para todos nosotros. Nadie puede dar por sentado que los vientos de la fortuna vayan siempre a soplar a favor; de hecho, pasamos buena parte de nuestra vida buscando la manera de ampararnos de sus caprichos. Las mujeres, cuyas virtudes se caracterizan por una fragilidad que no tienen los hombres, son con mayor frecuencia víctimas de ráfagas inesperadas. Teniendo en consideración todo lo sucedido a finales del año, no me faltan motivos para reprocharle a mi creador que haya descargado tantas desgracias sobre quienes menos capacitadas están para hacer frente a los infortunios, pero un comentario como este sería mezquino viniendo de la hija de un clérigo y llenaría mi espíritu de un rencor excesivo. He decidido, en su

lugar, volcarme en los consuelos del diario y la pluma, con la esperanza de entender mejor los acontecimientos que marcaron mi vigesimoséptimo cumpleaños.

Siempre tengo la impresión de que no he comprendido una emoción o he vivido del todo ni el más nimio de los acontecimientos hasta que no reflexiono al respecto en mi diario: mi pluma es mi más fiel confidente; me ayuda a mantener a raya pasiones y desilusiones que no me atrevo a compartir ni tan siquiera con mi querida hermana Cassandra. Aquí, pues, en mi pequeño diario, espero llegar a comprender todo lo que he vivido en las últimas semanas. De hecho, incluso he ido a pie hasta el pueblo única y exclusivamente para adquirir estas nuevas hojas, con la esperanza de que, poniendo por escrito todo lo sucedido en un cuaderno aparte (dándole, en efecto, la fuerza narrativa y la estructura de una novela), consiga ordenar el caos que se ha desatado en mi cabeza. Esta historia jamás llegará al público general, aunque cambiara los nombres y modificara los lugares, pues sería una traición por mi parte exponer de tal manera la parte más dolorosa de la vida de mi querida amiga Isobel al ir y venir de personas en los salones y en las sombrererías. Prefiero que Cassandra me devuelva las cartas[3] que le escribí a propósito de estos acontecimientos desde Scargrave y guardarlas entre las páginas de este diario. Lo conservaré dentro de mi armario para prensar la ropa y lo abriré

3. La hermana mayor de Jane Austen, Cassandra, era la persona a la que más amaba y en la que más confiaba de todo el mundo. Las lagunas que hay en la correspondencia de Austen llevan mucho tiempo frustrando a los expertos, quienes han atribuido la falta de cartas a la costumbre de Cassandra de destruir las que eran más personales. Muchas de las que podrían ser esas mismas cartas han sido halladas dentro de los manuscritos de Westmoreland. (*N. de la E.*).

tan solo para instruir a mis queridas sobrinas; comprender las desastrosas fuerzas que forjaron el destino de Isobel las ayudará a enderezar el suyo guiándose por la moral.

La que sigue, pues, tal y como aparece escrita en mi diario y en las cartas, es la historia del misterio de Scargrave Manor. Que esa desdichada morada sea testigo de más horas de paz este nuevo año que todas las que viví yo el anterior.

Capítulo 1

Las campanas de difuntos

Entrada de diario, 11 de diciembre de 1802,
escrita a altas horas de la madrugada

–¿Qué piensas tú, Jane? –me preguntó la condesa de Scargrave. Con los dedos se aferraba a mi codo hasta hacerme daño.

Yo contemplaba el cuerpo recostado de su marido, desconsolada. Frederick, lord Scargrave,[4] sin duda alguna se encontraba indispuesto; tanto que me habían llamado a sus aposentos privados una hora antes de que rayara el alba, una indiscreción que el conde jamás habría permitido de estar en pleno uso de sus facultades. Me subí bien el cuello del camisón y coloqué la mano que tenía libre sobre la de la condesa.

–Creo que tu marido se está muriendo, Isobel –le dije.

Presa de una convulsión, le temblaron los dedos por debajo de los míos y, luego, los dejó inmóviles.

4. Una breve explicación de los títulos ingleses y las formas de tratamiento podría facilitar la lectura al público moderno, que no está tan familiarizado como Jane con estos menesteres. Isobel Collins se casó con Frederick Payne, el conde de Scargrave, y, por tanto, se convirtió en la condesa de Scargrave. La llamarían lady Scargrave, pero, como era plebeya de nacimiento, jamás la llamarían lady Isobel; este último era un título de cortesía concedido únicamente a la hija de un noble. Al conde se le solía llamar lord Scargrave, por su título, sin hacer mención a su nombre, en lugar de lord Payne, su apellido, que, por cierto, se usaba para referirse a su heredero, Fitzroy, el vizconde Payne. (*N. de la E.*).

–Muriendo. Aunque me lo dijeran mil veces, seguiría pareciéndome imposible.

Miré a mi amiga con lástima y en silencio, sin saber cómo debería responder yo ante su aflicción. La transformación del semblante agónico de su marido era extraordinaria de verdad, y todo había sucedido en cuestión de pocas horas. Aquella misma velada, el conde había sacado a bailar a su condesa en el salón de Scargrave, deleitándose con todo un grupo de invitados que habían venido para brindar por la buena suerte de los dos. A pesar de que tenía cuarenta y ocho años, irradiaba una luz propia de un hombre al que se le había bendecido con una segunda juventud, elegante y vivaz como era, y cada fibra de su ser reflejaba el carisma de su linaje. Y, si bien había padecido de dispepsia con anterioridad, en aquella ocasión la enfermedad se había adueñado de él sin previo aviso y con una agresividad que no se podía achacar única y exclusivamente a su antojo por el vino de Burdeos y el pudín.

–¿Ha comido o bebido algo estas últimas horas? –le pregunté.

Mi amiga negó con la cabeza.

–Solo un ponche de leche y unos dulces que le trajo la criada cuando se retiró de la fiesta. Pero sospecho que este malestar lo dejó así como lo ves, postrado en la cama, poco después de comérselos.

El hedor de la enfermedad del conde se desprendía de las sábanas sucias que las criadas no se atrevían a cambiar por miedo a molestarle incluso más. Le costaba respirar; la robustez de su cuerpo la debilitaban unas náuseas y unos violentos vómitos que se asemejaban a los efectos de un laxante. Tenía los ojos en blanco, sumido como estaba en un estado de letargo y aturdimiento, la piel pálida y la cara hinchada. Solo presenciar su sufrimiento era un suplicio; padecerlo debía de inspirar verdadero pavor.

Mientras lo miraba junto a Isobel al lado de la cama, a la espera de que llegara el doctor al que habían mandado llamar con

urgencia desde Londres, el conde soltó un gemido, se reincorporó por debajo de las sábanas con un escalofrío y aferró la mano de su esposa.

–¡Canallas! –gritó con voz quejumbrosa–. ¡Me han atacado por dentro!

Entonces volvió a caer inconsciente sobre la cama y no volvió a decir nada más.

Isobel era la viva imagen de la eficacia; preparó una compresa en un abrir y cerrar de ojos, y la colocó sobre la piel de su lord indispuesto. La vehemencia que había despertado al pobre enfermo hacía unos instantes no volvió a importunarle.

La muerte no es nada nuevo para mí (he presenciado muchos desenlaces funestos al lado de mi padre, que es clérigo y considera necesario que una mujer lo acompañe en los momentos más solemnes de su clerecía), pero nunca había visto un fallecimiento como este.

Una ráfaga de aire frío se coló por la puerta de la alcoba procedente del gran pasillo. Me apresuré a volver la cabeza, con la esperanza de ver al doctor, pero no era más que Marguerite, la doncella de Isobel.

–*Milady* –susurró la muchacha criolla, pasando la mirada del semblante de su señora al más escalofriante del conde–, ha llegado el médico.

Su rostro pálido demostraba terror, y reparé en que se persignó precipitadamente en la frente antes de volver a retirarse por la puerta. Así y todo, no puedo reprocharle a la doncella una actitud tan insensata como esta. Es una muchacha sencilla del lugar de procedencia de Isobel, Barbados, que vino con su señora cuando Isobel se mudó a Inglaterra hace dos años. Marguerite no pudo dormir bien aquella noche, pues fue ella quien me avisó apresurada antes de que despuntara el alba para que me reuniera con la condesa. No obstante, incluso yo, hija de la fría Inglaterra, menos susceptible a dejarme llevar por terroríficas imaginaciones, he de

confesar que tampoco logré conciliar el sueño durante aquellas horas, pues el conde había emitido tales gemidos y gritos que nadie había sido capaz de acallar su agonía; esa noche, les había arrebatado la paz a todos los que se encontraban bajo el techo de Scargrave.

–Lady Scargrave –dijo el médico, interrumpiendo mis pensamientos.

Juntó los talones e hizo una reverencia en dirección a Isobel: un hombre joven, con el rostro embargado por la urgencia.

–Doctor Pettigrew –contestó la condesa con un hilo de voz, llevándose la mano al cuello–, gracias a Dios que ha venido.

¿Cómo podía soportarlo Isobel? Llevaba tan solo tres meses casada. Perder a un marido con el que una se acababa de desposar parecía el golpe más cruel que pudiera propinarle Fortuna. Y, sin embargo, ahí estaba ella: guardando la compostura, con la espalda recta, esperando, con esa terrible fortaleza que poseen las mujeres, a descubrir cuál sería el resultado de toda esa desgracia.

El doctor Pettigrew me miró y asintió, sacudiéndose la nieve del abrigo y entregándoselo a Marguerite, quien, asustada, le hizo una reverencia y salió de la alcoba. Cuando el médico se acercó apresuradamente a la cama del conde, traté de adivinar sus pensamientos, pero sus ojos se ocultaban debajo de las lentes y fruncía con firmeza los labios, y nada pude dilucidar yo de su semblante juvenil. Cogió la muñeca del conde y el pobre lord Scargrave gimió y se debatió sobre la almohada.

–Márchate, mi querida Jane –me dijo Isobel, rozándome la mejilla con una mano fría–. Iré a verte cuando pueda.

De modo que yo también he de esperar, encerrada en mi alcoba de techo alto con la enorme cama de madera de caoba y las paredes cubiertas de tapices, conforme a la moda del siglo pasado.

Me acerco las rodillas al pecho y tiro del camisón hasta taparme los dedos de los pies, con la mirada fija, por milésima vez, en el semblante de una antepasada de Scargrave, dueña de una juventud eterna, coqueta, con la tez teñida por la palidez propia de la tuberculosis, que me devuelve la mirada desde su sitio encima de la repisa de la chimenea. Es una habitación solemne, que aterrorizaría a un niño e impondría respeto a una criada; una habitación idónea, en suma, para el estado de ánimo en el que me encuentro en estos momentos. El fuego arde con discreción, refulge pintado de rojo; mi vela arroja una luz tenue, parpadeante en el aire inmóvil, como si la mecieran alas invisibles: acaso será el Ángel de la Muerte, que se cierne sobre esta suntuosa casa. Cuando llegué, Isobel me contó la leyenda de Scargrave: cuando a un miembro de la familia le llega la hora, la sombra del primer conde de la estirpe recorre el pasillo al que da la puerta de mi habitación con un traje de noche y aspecto sombrío. El fantasma tal vez esté caminando sobre las tablas de madera esta noche, aunque, en el fondo, yo no creo en este tipo de apariciones.

Y, en esa aurora colmada de nieve, el eco lejano del tañido de unas campanas; oigo nueve repiques. Me esfuerzo por contarlos: son las campanas de difuntos de la iglesia de Scargrave Close, que anuncian la agonía del conde. Nueve repiques por un hombre moribundo, seguidos de una pausa; las campanas retoman su música, en un total de cuarenta y ocho secuencias, uno por cada año de la vida del conde. Me estremezco de pronto y cojo pluma y papel, así como el tintero que siempre llevo conmigo. Han sucedido muchas cosas durante estos dos días desde que llegué aquí, a Scargrave; muchas más cosas, desde luego, están a punto de suceder. Bien podría pasar la madrugada poniendo aquí por escrito algunos de mis recuerdos.